

V. LOS AMIGOS EN CENTROAMÉRICA –II (Continuación)

PRIMERAS CONFERENCIAS

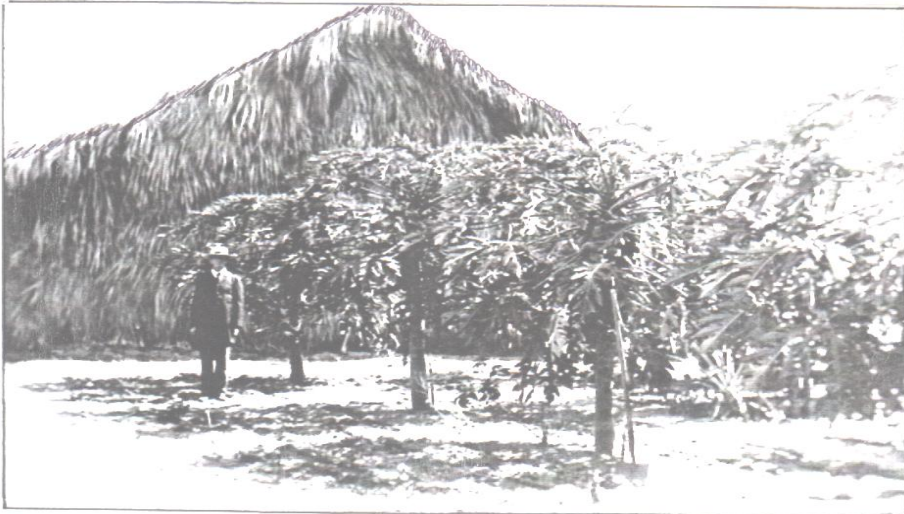
En 1910, se celebraron unas Clases Bíblicas. Después, se compró una finca urbana en Chiquimula, Guatemala, dándole el nombre de: “Betania” y, en enero del año siguiente, allí mismo, en una galera de palma, se celebraron las primeras Conferencias Anuales del Campo, viendo la mano de Dios en la Salvación de las almas (“The Hárvester”, marzo, 1949, p. 2).

A esas conferencias, asistieron varios de los primeros creyentes, como Pedro Leiva, Esteban Molina, Jesús Morales, Mercedes Gálvez, Carmen Durán, Emilio Urzúa, Ezequiel Cordón, Tránsito Marroquín, Juan y Antonio Cabrera, Guadalupe Durán, Benjamín Velásquez y otros.

Las siguientes conferencias se celebraron en Desmontes, Honduras, y las próximas, en San Jacinto, Chiquimula.



F. 39, Grupo que asistió a las primeras Clases Bíblicas en 1910.



F. 40, Ranchón de palma en Betania, donde se celebraron las primeras conferencias.

Por ese tiempo, Jesús María Morales Villeda, había abierto una Iglesia en su propia casa, en la aldea de Tierra Colorada. Su esposa, María de Jesús Machorro Sandoval, fue la primera en conocer a Jesucristo y, luego, su esposo, quien recibió a Cristo él solo, sin que nadie le hablara del Evangelio. Su casa llegó a ser templo, y allí se celebraban conferencias por muchos años. A su muerte, al principio de los años cuarentas, la Iglesia se extinguió; pero, surgió otra vez en los años sesentas.



F. 41, Jesús María Morales Villeda y su esposa María de Jesús Machorro Sandoval

ARMANDO PERALTA

En el año 1910, fue la conversión de Armando Peralta, un joven de Gualán, Departamento de Zacapa que, desde su infancia, había leído un pequeño periódico que le trajo un poco de convicción. Armando, ya estaba abandonado para morir en sus vicios. Pero, una noche, al

acostarse, después de presenciar un culto celebrado allí por Miss Ruth y otros, rehusó, en el nombre de Jesús, tomarse la copa acostumbrada de licor, y se durmió. Al día siguiente, amaneció siendo un hombre nuevo y salvo (“The Hárvester”, diciembre, 1926 – enero 1927, p. 5). Dos años más tarde, se había convertido en uno de los primeros predicadores del Evangelio, junto con Gregorio Leiva, de la frontera de Honduras, y otros cinco más. Don Armando Peralta falleció en septiembre de 1942, después de haber servido a Dios durante treinta años.

ESCUELA DE VARONES

En junio de 1912, se fundó en Chiquimula la Escuela de Varones, a la cual se le dio el nombre de “Beraca”, y comenzó a funcionar en una casa alquilada, en la esquina de la 5ª avenida y 4ª calle, propiedad de Alberto Girón. Su primer director fue Armando Peralta, y el profesor de todos los grados llegó a ser Luis San Juan.

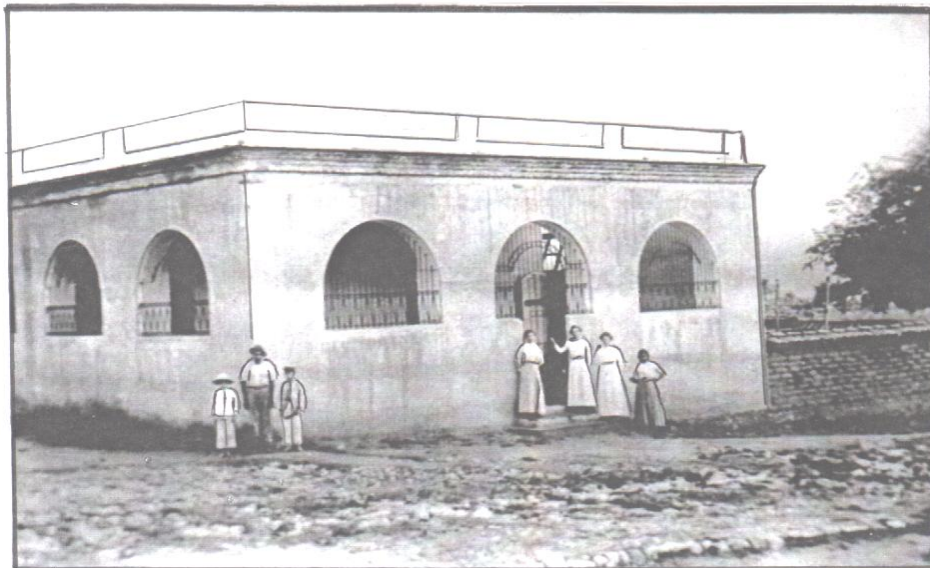


F. 42, Colegio de varones en 1914-15. (Retoque EAM)

Al principio, esta escuela fue muy llena de problemas; los muchachos se escapaban por los tapiales y mantenían una atmósfera de desobediencia (“The Hárvester”, diciembre, 1926 - enero, 1927, p. 10). Pero, se estaba haciendo el esfuerzo de educar en los caminos de Dios a los hijos de los creyentes. En julio de 1913, llegó a Chiquimula el misionero Guillermo Stanton, quien tomó el lugar de director de esa escuela. Uno de sus principales problemas, fue encontrar maestros que fueran cristianos. Por esa razón, la obra era hecha principalmente por los misioneros.

En 1915, se terminó el edificio principal de la escuela, y se inició una librería Evangélica. Al mismo tiempo, se enviaron cinco señoritas a la ciudad de Guatemala, para ser entrenadas como enfermeras.

En octubre, llegaron a Chiquimula dos nuevos misioneros: Andrés Williams, un excelente impresor, y Matilde L. Háworth, buena pianista y cantante. En los siguientes años, llegaron varios misioneros más, entre los cuales se encuentran: Elena Kersey, Roberto Adell, su esposa Mabel, Mirtala Ánderson, Beatriz Sáveker y Lily Álmquist.



F. 43, Betel, casa para misioneros, ocupada en junio de 1914.

BERNARDINO RAMÍREZ



F. 44, Bernardino Ramírez.
(Dibujo EAM)

El año 1913, quedó marcado con la conversión de Bernardino Ramírez, uno de los líderes más prominentes entre los “Amigos” de Guatemala. Nació el 20 de mayo de 1880.

Desde su temprana edad, entró al ejército, y logró una buena posición. Después de una pequeña revolución armada, le fue encargado custodiar a un grupo de prisioneros políticos, a quienes debía tenerlos sin comer.

Pero, sintiendo lástima de ellos, Bernardino Ramírez, robaba ciertos alimentos para darles. Sin embargo, al darse cuenta sus superiores, lo acusaron de traidor, y lo echaron también a la cárcel. Dieciséis días más tarde, se fugó y huyó a México, en donde estuvo cuatro años, hasta que hubo nuevos cambios políticos en Guatemala, y él regresó, estableciéndose en Salamá. Estando allí, fue reconocido por uno de sus enemigos, quien le acusó falsamente de robo y deslealtad al gobierno, por lo cual, fue a parar otra vez a la cárcel de San Jerónimo, Baja Verapaz, su tierra natal. En esa cárcel, mantuvo una vida moral muy baja. Sus amigos le pasaban licor, en forma no autorizada, y él permanecía bajo los efectos del alcohol. En su lucha profunda entre el pecado, Bernardino sintió, una vez, que si Dios existiera, seguramente tendría que ser un Dios de amor. Con este pensamiento en mente, tomó el carbón de un gran fósforo quemado y escribió con él en la pared: “Dios es amor” (“The Hárvester”, julio, 1949, p. 1-9).

Por ese tiempo, llegó evangelizando a los reclusos de esa cárcel Tito Hernández, quien también había sido borracho, antes de su conversión. Éste se encontró con Bernardino Ramírez, borracho y desolado, quien le contó su situación, de cómo su mujercita Paulina tenía que sufrir por él, porque la golpeaba y despreciaba. Había sucedido una vez cuando Paulina lo llevó con su mamá, para que le castigara corporalmente, si quizá eso le hiciera reformarse. Todo eso era en vano. Pero, Tito Hernández, le habló de cómo Cristo le había salvado a él también de sus borracheras y desesperación. Bernardino Ramírez, recibió aquel mensaje, y ambos se arrodillaron en la cárcel. Su oración fue: “Oh Dios, si es cierto que hay Dios, perdona mi pecado”, y alcanzó la salvación.

Un día, leyendo la Biblia, encontró las palabras de I Juan 4.8, que dicen: “Dios es amor”, y se llenó de gozo, al ver que eran las mismas palabras que él había escrito en la pared de la cárcel, por su propia imaginación.

A través de la influencia de algunos amigos, fue posible comprobar que las acusaciones que le habían llevado a la cárcel eran falsas, y recobró su libertad. Una vez libre, tomó su Biblia y se trasladó a Quiriguá, junto con su familia, para ganar su sostén. Lo primero que hizo, fue celebrar el culto familiar, logrando a su esposa e hija como primeros convertidos. Luego, consiguió trabajo en la Compañía Frutera, y comenzó, a la vez, su tarea de ganar a otros para Cristo. De esta manera, inició una nueva congregación, la cual fue creciendo en forma progresiva, y se fue expandiendo a otros lugares.

Al mismo tiempo, su posición económica fue creciendo notablemente en la compañía; pero, también aumentó más su pasión por las almas, hasta que abandonó su buen empleo, para dedicarse a la predicación del Evangelio. En 191, asistió a las conferencias en Desmontes, Honduras, y allí fue bautizado en el Espíritu Santo. En años posteriores, su esposa Paulina murió, y él contrajo segundo matrimonio con Juana Velásquez, quien también falleció trágicamente, pocos días después de la boda. Es por esa razón que, a Bernardino, se le conoció, más bien, con su tercera

esposa, Amalia Buezo, con quien se casó en 1930, y ella llegó a ser igualmente activa en la obra de Dios. Bernardino ocupó importantes puestos entre todas las iglesias “Amigos” y, también, a nivel interdenominacional.

EN HONDURAS

La primera entrada de los “Amigos” a Honduras la hizo Clark Buckley en 1903, quien entregó su vida en un camino cercano a Santa Rita de Copán. Luego, ya se ha mencionado la conversión de Pedro Leiva, en diciembre de 1909, a través de quien, otras personas fueron conociendo la Palabra de Dios. En 1911, se hizo la entrada formal, llegando a Desmontes, y aún más allá. Los resultados de esa campaña fueron grandes, y 70 almas se entregaron al Señor.

El siguiente paso hacia Honduras, fue el traslado de Irvin y Dorotea de Cämmack, de Chiquimula a Tegucigalpa, en mayo de 1914, con el fin de comenzar la obra en aquel lugar. Con ellos, se fue Magdalena Krámmer y, más tarde, se les unió Reginalda Zamora.

En octubre de 1915, el primer obrero nacional, Magdaleno Hernández, con su familia, se trasladó a Ocotepeque. En febrero de 1916, se hicieron cargo de la obra hondureña las misioneras Cora, o Corina Wildman y Maud Burns. Ese mismo año, Antonio Méndez oyó el llamamiento de Dios de trabajar en Honduras y, junto con Ciriaco Dámaso, se fueron con una mula cargada de Biblias, Nuevos Testamentos y más literatura. Su campaña llegó hasta Tegucigalpa, llena de triunfos espirituales y buen éxito. En agosto, hicieron una gira a Tegucigalpa Armando Peralta y Bernardino Ramírez, pasando por San Salvador. Su viaje fue costado por las iglesias de Guatemala, y volvieron en septiembre. Luego, Antonio y Ciriaco se trasladaron a La Esperanza, sintiendo el llamamiento de Dios de permanecer en Honduras. Por este tiempo, María Teresa Recinos estaba abriendo obra en Copán, Gracias, San Marcos y Ocotepeque. Lino Molina se estableció en Talgua, Fernando Martínez en Guarita y Pilar Álvarez en San Marcos de Ocotepeque. Luego, viene un viaje de Matilde L.

Háworth, acompañada de Francisco Góshop y Tomasa Valle, para supervisar el distrito de Gracias. (“The Hárvester”, Dic. 1926 – Ene. 1927, p. 7 y Feb./mar., 1919, p. 1)



F. 45, Ciriaco Dámaso.

En agosto de 1917, llegó a Honduras la misionera Isabel E. Allen, quien trabajó en Tegucigalpa y La Paz, pero murió tres años más tarde. Sin embargo, a mediados de 1920 establecieron su residencia en La Esperanza los misioneros Ward y Emma de Múnsell, en donde, dos años antes, comenzó a abrir obra Magdalena Krámmer (“The Hárvester”, febrero-marzo, 1919, p. 1).

Es así como principió la expansión de los “Amigos” en Honduras.

RAÚL MEJÍA GONZÁLEZ

El 15 de febrero de 1916, se convirtió al Señor, en Chiquimula, Guatemala, un hombre que llegó a ser representativo del poder regenerador del Evangelio de Jesucristo, siendo de gran inspiración a los desesperados y abandonados en el vicio. Es común escuchar en los labios de hombres despreciados las palabras del himno: “La Visión de la Cruz”, que es la expresión profunda de su autor, Raúl Mejía González. Quedaría incompleto este volumen sin la inclusión de este testimonio.

El poeta Raúl Mejía González nació en Chiquimula, el 24 de marzo de 1891, en un hogar católico, aunque él mismo no lo fue; era más bien, como él escribió, “Un Libre Pensador”. Desde su temprana juventud, se

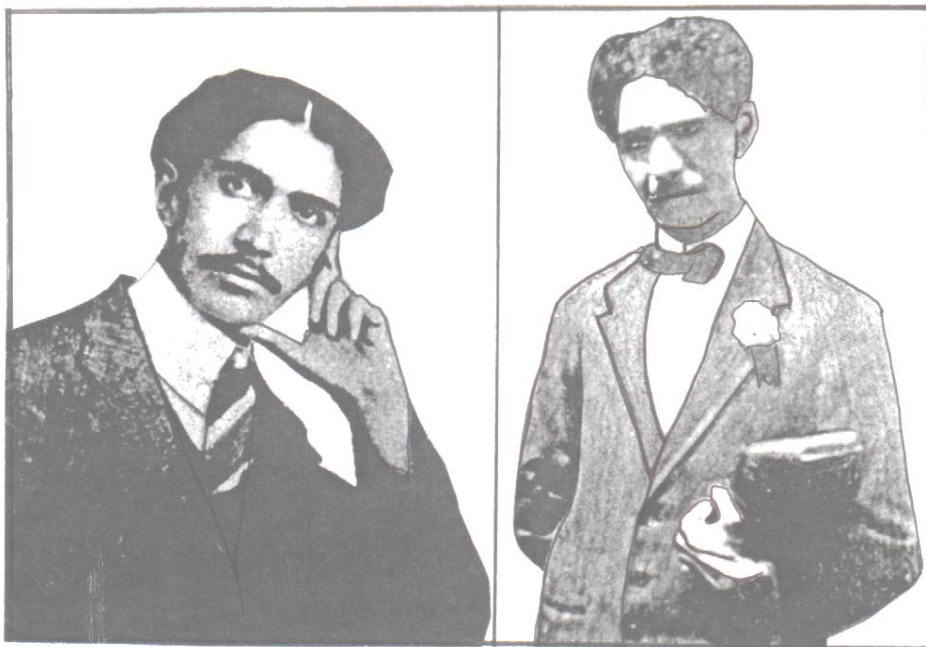
lanzó al vicio del alcohol, el cual le produjo destrozos durante cinco años. Después, comenzó a darse cuenta de que era un prisionero del mal, un desdichado. Su condición era desesperante, y trató de librarse de ella de muchas maneras. Pensó que, tal vez, la medicina podría ayudarle, o si mejor, el suicidio. Pero, Dios nunca le permitió esa tragedia.

El 18 de febrero de 1916, en la noche, después de muchos días de beber, experimentó lo que el escritor Alberto Flores Monroy interpretó como su “Delirium Tremens” (“Desde Cuscatlán”, p. 1). Sin embargo, no puede negarse que, su locura, fue por intervención divina, mostrándole visiones con verdades espirituales, que la mente normal bien puede no comprender. Tuvo visiones horribles; veía demonios de diferentes formas. El día siguiente, a las diez de la mañana, los demonios le advirtieron que iba a morir. En ese momento, se le reveló el infierno y el destino espantoso que le esperaba. Los demonios estaban para arrojarle en un lago de azufre ardiendo en fuego. Pero, al momento en que ellos se iban a apoderar de él, tuvo miedo y, en un esfuerzo sobrenatural, clamó a Dios con todas sus fuerzas. Le pidió el perdón de sus pecados. En aquel instante, la visión desapareció y él saltó tratando de huir.

Su primera idea fue de buscar el perdón de sus pecados, y buscó la Iglesia Católica; pero, los demonios siempre le seguían. Le dijo al sacerdote lo que le sucedía, quién trató de consolarlo y decirle que allí estaba seguro. Pero, mientras él rezaba, después de haberle colocado un rosario y otras cosas, los demonios se reían de él, y le decían por debajo del altar: “Todo es por gusto; nos perteneces a nosotros”. Perdió la esperanza de la salvación y, más bien, se familiarizó con los demonios.

Al día siguiente, 15 de febrero de 1916, amaneció mejor. Pero, a medio día, los demonios llegaron por él y le ordenaron salir de su casa. Buscó por última vez al sacerdote, pero todo fue en vano. Salió de la iglesia, y comenzó a salir de la ciudad, hasta llegar al campo. Allí le ordenaron tenderse en el suelo. Estaba a las puertas del infierno. Los demonios lo amenazaron, y sintió que el suelo se hundía y salía humo.

(“The Hárvester”, octubre, 1919, p. 2-3. Véase su testimonio completo en ediciones de 1917).



F. 46, Dos fotos de Raúl Mejía González. (Retoque EAM)

Al ver que salía humo, sintió un miedo espantoso. Una vez más acudió a Dios y clamó, corriendo horrorizado hacia la población. Su pensamiento era suicidarse, y fue a donde un amigo para conseguir una pistola o un puñal, pero no encontró. Siguió corriendo desesperado, hasta que, al detenerse en una esquina, oyó una voz que le decía: “Éntrate a la Misión Evangélica, y de allí no te sacan”. Corrió a aquel lugar, y las puertas estaban abiertas. Entró, y le contó al misionero Guillermo Stanton lo que le pasaba. Él le respondió: “Aquí está usted con Jesús, y donde manda Él, no manda Satanás”. Sintió una gran confianza en su corazón. Se sentía seguro. El misionero le llevó a un cuarto, y le invitó a

orar. Mientras oraba, oía que los demonios le decían: “Te haz escapado, pero anda con cuidado, porque no te dejaremos de seguir”. Salió de aquel lugar enteramente cambiado. Estaba salvo (Corazón y Vida, abril, mayo y junio de 1967, p. 7-9 y “Un Tributo de amor” p. 4-14).

Un mes después de su conversión, Raúl Mejía González llegó a ser Profesor en el Colegio Evangélico. Se distinguió como poeta. Entre lo más apreciado de sus obras, se tiene el himno “La Visión de la Cruz” y muchos poemas. Su vida útil fue corta, pues murió prematuramente el diez de septiembre de 1919, a la edad de 28 años (Desde Cuscatlán, p. 2).



F. 47, Manuel Cabrera, Raúl Mejía González, German Prado y Guillermo Stanton, 1916.

(Vea el archivo siguiente.)